

EL MERIDIANO

Carlos Sauras

La crisis y el mañana

Ante la crisis del coronavirus se ha despertado una gran solidaridad. El alcalde de Zaragoza, Jorge Azcón, decía: «Zaragoza está enseñando su mejor cara: la de la responsabilidad y la de la solidaridad». Afirmación que podemos extender al resto de las ciudades y a tantas entidades sociales que están trabajando con una generosidad impresionante. Ejemplos hay por todas partes, como la actitud de las religiosas y del grupo de trabajadoras que se han confinado con los mayores en la residencia de las Hermanitas de los Ancianos de Alcañiz.

Ejemplos de responsabilidad han dado también algunas administraciones. Los ayuntamientos de Zaragoza y de Huesca han habilitado pabellones con camas para que acoger a personas sin hogar. Ante la saturación del Albergue, Zaragoza ha puesto 100 camas en el pabellón deportivo de Tenerías. Han contado también con donaciones de empresas aragonesas. Los acogidos contarán con personal sanitario y distribución de comidas. En el mismo sentido, el ayuntamiento de Huesca –en colaboración con Cruz Roja, Cáritas y Cruz Blanca– ha habilitado el polideportivo Río Isuela.

Un lector se preguntaba en HERALDO si sacaremos enseñanzas de esta crisis. Cuestión muy acertada. Ya en la anterior crisis, la de 2008, muchos se preguntaban lo mismo. El ser humano, en cuanto se despeja el panorama, tiende a olvidar los momentos malos y a pensar que esto es Jauja. Sin duda, quedará una lección de humanidad, de generosidad y de solidaridad.

Será necesario, también, abordar el futuro con una gran responsabilidad por parte de la clase política. La crisis del coronavirus está afectando duramente a la mayor parte del tejido empresarial español. A las terribles consecuencias que el coronavirus traerá por la enfermedad y por la muerte, hay que sumar las heridas en la economía y en el empleo.

El futuro exigirá un Estado fuerte y un gobierno capaz de encararlo con un apoyo amplio y con unos objetivos de consenso social. Es difícil que el Gobierno actual lo pueda conseguir, apoyado como está en unas fuerzas inestables que en absoluto quieren un Estado fuerte y solidario. Tal vez sea el momento de que el PP y el PSOE trabajen juntos para conseguir que los ciudadanos se sientan seguros, en un sistema de libertad.

EL REFLEJO | Jesús Santamaría

¿Hemos aprendido la lección?

La investigación científica es a medio plazo la mejor herramienta para hacer frente a una pandemia, en España tenemos que aprender de una vez esa lección

El coronavirus nos ha pillado con la guardia baja, hemos tardado demasiado en reaccionar y, cuando lo hemos hecho, la curva de contagios ya estaba disparada. Ahora el Gobierno ha declarado el estado de alarma, y los ciudadanos, salvo contadas excepciones, lo han acatado, con un enorme coste en su vida personal y laboral. Ya hay en nuestro país miles de muertes por esta causa. El coste económico lo sentiremos más tarde, una factura dolorosa, que tardaremos en pagar.

Es interesante caer en la cuenta de que las medidas que estamos tomando son esencialmente las mismas que se han tomado históricamente contra infecciones a gran escala, desde la peste negra en el siglo XIV hasta la mal llamada 'gripe española' de 1918. Son medidas que podríamos denominar de 'baja tecnología': aislar a los afectados, confinar poblaciones, esperar a que pase la infección. La única ventaja respecto a crisis anteriores es que nuestros medios hoy son mejores (aunque, como se ha visto, escasos): tecnología médica, unidades de cuidados intensivos, equipos de protección individual, personal sanitario altamente preparado, etc.

Otras medidas acaparan menos

titulares pero constituyen a medio plazo la línea de defensa más efectiva contra el Covid-19 y otras pandemias futuras. Me refiero a investigaciones que están produciendo resultados espectaculares con rapidez inusitada, a pesar de que llegarán demasiado tarde para evitar decenas de miles de muertos y efectos económicos demoledores. Repasemos los hitos principales: A primeros de diciembre algunos habitantes de Wuhan comienzan a enfermar después de visitar un mercado local, con lo que parecían síntomas de gripe. Sin embargo, en Nochevieja responsables sanitarios chinos informan a la OMS de que un grupo de pacientes presenta un cuadro clínico que corresponde a un nuevo tipo de neumonía. Solo dos semanas más tarde, un laboratorio de Shanghai publica la secuencia del genoma del virus, y explica sus diferencias con otros coronavirus. Era un avance decisivo que permitió a laboratorios de todo el mundo emprender investigaciones frenéticas en distintas líneas de acción: desarrollo de test de diagnóstico tipo PCR, kits de diagnóstico rápido (ya hay varios en el mercado), mecanismos de infección (investigadores chinos publican un artículo el 4 de marzo en la revista 'Science' des-

velando el papel de la proteína ACE2 en la invasión celular) o posibles terapias: varias vacunas en rápido desarrollo (la carrera principal es entre equipos de China y Estados Unidos, pero casi todos los países desarrollados tienen proyectos muy avanzados, España incluida), y alternativas terapéuticas como la publicada por científicos alemanes el 20 de marzo, también en 'Science', basada en el bloqueo de una enzima esencial para el coronavirus.

Este vertiginoso despliegue de ciencia de primera clase ha sido posible en países poseedores de una estructura científica potente, con el músculo necesario para responder rápidamente a una crisis provocada por un agente patógeno desconocido. En España ha habido contribuciones relevantes, pero en general, lejos de la primera línea mundial. No es

«Tras décadas de apuesta continua, hoy China representa un 20% del gasto mundial en I+D, y tutea a Estados Unidos»

de extrañar: el esfuerzo en I+D de España sigue en poco más del 1,2% del PIB, frente al 2,07% de media de la UE o el 3% de Alemania, incluso detrás de países como Portugal o Hungría. Y por supuesto, los programas de investigación estuvieron clamorosamente ausentes en las últimas campañas electorales.

La situación española contrasta con la política seguida en otros países, que incluso durante la crisis económica de 2008 vieron en la apuesta por la ciencia y la tecnología una vía segura de progreso. Esto también es así en países que no hace tanto considerábamos atrasados tecnológicamente. En el caso de China, la evolución ha sido asombrosa, algo que he podido constatar de primera mano en casi 20 años como editor de una excelente revista científica donde la mayoría de los artículos tienen ya firma de ese país. Tras décadas de apuesta continua, hoy China representa un 20% del gasto mundial en I+D, y tutea a Estados Unidos en muchos campos de investigación. Sus contribuciones científicas en la epidemia del coronavirus no son una casualidad.

Ojalá esta crisis nos sirva para cambiar. A volver a creer en la investigación como semilla de progreso. Y a demostrarlo con inversiones sostenidas, y dándole el papel central que se merece. Es un buen momento para volver a citar las palabras de la activista Mary Lasker: «Si crees que la investigación es cara, prueba con la enfermedad».

Jesús Santamaría es catedrático de la Universidad de Zaragoza

LA TRIBUNA | Francisco Javier Ruiz Poza

La farmacia, detrás de las mamparas

Durante la pandemia, las farmacias siguen prestando, con esfuerzo, un servicio esencial

Se cumple algo más de una semana desde que se publicó el decreto de alarma. La gente anda nerviosa, agitada, es normal. Corren los primeros días de primavera. Calles casi vacías, tráfico escaso.

Se han prohibido las visitas en los centros socio-sanitarios, los casos siguen en aumento. La semana pasada se emocionó Javier Marión, gerente del Salud, se emociona con su gente, no me extraña, la responsabilidad es mucha... la gente de los hospitales, sobre todo. Se acuerda de todos, de toda su jerarquía. Al final, nombra a los de atención primaria. La farmacia no la toca, no somos de los 20.000 trabajadores que tiene el Salud. Pero ahí estamos, detrás de las mamparas. Esas mamparas de pino que, en nuestro caso y a nuestra costa, nos instaló un carpintero de Huesca la semana pasada.

Hemos forrado la farmacia de carteles amarillos, colocado señales adhesivas en el suelo que advierten de que hay que mantener las distancias, limitado la estancia a tres personas, una por mostrador. Repitiendo cada poco, «no tenemos alcohol, ni geles de isopropílico, ni guantes, ni mascarillas...». Se han incautado para los que más las necesitan. Todo está debidamente informado, pero en estados de alerta, la gente no mira, no lee, solo pide... cada vez son menos, nos vamos acostumbrando a lo que toca. La autorresponsabilidad está de moda, tiene que estarlo. Es muy importante para salir de esta y vencer a la pandemia. Sin lugar a dudas es de recibo interiorizarla... encierro domiciliario para algunos, vocación de servicio para otros. Desde la farmacia transmitimos los comportamientos res-

ponsables que cada uno debe cumplir.

Atender, calmar ansiedades, ponerse guantes, higienizarlos con gel, limpiar mostradores y superficies, responder consultas, cambiar los guantes, lavarse las manos concienzudamente, al menos cuarenta segundos, mascarillas en algunos momentos... «¿Quién es el siguiente?» y volver a dispensar. «Lo siento, este medicamento no le toca, revise su botiquín, probablemente le quedará en casa». Entre tanto no tocarse la cara, mantener distancias, más medidas de higiene, hay que eliminar las gotas...

A pesar de estar informados, nadie lo esperaba con esta intensidad. Con sesenta años no había vivido algo parecido, aún nos quedan días así, parece ser. Mantener la calma, arrimar el hombro, escuchar a la gente, aportar consejos,

solucionar dudas, dispensar medicamentos, transmitir tranquilidad pero sin ceder a la alerta. Con estas medidas, intentamos que los contagios sean los menos y confiamos en que los teletrabajos y las actividades productivas se reordenen y hagan que el pulso económico se resienta lo menos posible.

Supermercados, alimentación y farmacias a pie de calle, cara al público, primera necesidad. Esos aplausos de las ocho también son nuestros. Mayores que consultan, jóvenes en busca de termómetros, «¿queda todavía paracetamol?», me preguntan desde la puerta.

Así es un día actual para los farmacéuticos y técnicos en farmacia, los sanitarios que mantienen a cada uno con su tratamiento. Los autónomos del medicamento. Los farmacéuticos de 24x7 con los permanentes servicios de urgencia. Ahí estamos, vulnerables pero protegidos con nuestros propios medios. Ahí seguiremos, día a día, detrás de las mamparas. Cercanos, accesibles, como siempre.

Francisco Javier Ruiz Poza es farmacéutico y presidente de la Comisión de Sanidad de la Cámara de Comercio de Zaragoza